

La Divina

Dominó como nadie la escena social internacional, en su agenda se codeaban los Agnelli, los Windsor, Gala y Dalí., y el MET expuso su fabulosa colección de Costura con la que hizo de la “entrada a una fiesta” un arte. Hablamos con JACQUELINE DE RIBES y su biógrafa para repasar la fascinante vida de una mujer que afirma cenar cada noche con la vajilla Sèvres de María Antonieta.

—Vis Molina.





Jacqueline de Ribes en Palm Beach en 1986. En la otra pág., con su marido, el conde de Ribes, en el puerto de Ibiza en los años 70, donde se construyeron una casa en Cala Salada. (Archivo personal de Jacqueline de Ribes)

Un vestido de forma tubular, en seda rubí, enteramente bordado en pedrería y dibujado en 1958 por un joven asistente de Christian Dior llamado Yves Saint Laurent, fue el trampolín que posicionó para siempre a Jacqueline de Ribes (París, 1929) como emperatriz de la escena social internacional y, por una ocasión, sin ella proponérselo. Se trata del modelo *Byzance*, uno de los primeros vestidos de noche cortos de la historia de la moda.

En 1959 Jack y Drue Heinz, propietarios de la famosa salsa ketchup, celebraron un gran baile en el Corviglia Club de Saint Moritz. *Come as your suppressed desire* (Ven encarnado en tu deseo más reprimido) decía el tarjetón que recibieron los nombres más vip del planeta. La sorpresa mayor la provocó Marella Agnelli, la esposa de Gianni Agnelli (el *Avvocato*), una de las mejores amigas a la vez que declarada rival, socialmente hablando, de Jacqueline de Ribes. Marella apareció convertida en una réplica de su amiga: postizo negro azabache en forma de *chignon*, ojos maquillados con kohl al estilo Nefertiti, brazaletes, anillos y su cuerpo de cisne enfundado en el modelo *Byzance* con el que Jacqueline había causado sensación en casa de los

De su juventud se cuenta que hubo dos hechos que marcaron su existencia y que se sucedieron en escasos dos años. El primero ocurre a sus 16 años, cuando su querido tío Étienne de Beaumont la lleva a conocer a su gran amigo Christian Dior, que por entonces acababa de abrir su *atelier* de la Avenue Montaigne. “Jacqueline se queda embelesada admirando las delicadas sedas, organzas, brocados y terciopelos que maneja el maestro” –cuenta Bona–. “A partir de ese momento se convertirá en una enamorada de la moda y especialmente de la Alta Costura, que considera una obra de arte. El otro hecho que marcará un punto de inflexión en su vida tiene lugar recién cumplidos los 18 años, cuando conoce en una fiesta en San Juan de Luz a Édouard, joven y apuesto vizconde de Ribes, hijo del conde Jean de Ribes”. El flechazo fue instantáneo. Iniciarán un breve noviazgo que culminará en boda recién cumplidos los 19 años de Jacqueline, tras sellar su compromiso en una celebración de las dos familias que le valió a ella una sonora bofetada de su madre, cuando la vio maquillada para la ocasión. “Las jóvenes de buena familia no se maquillan”, le espetó agriamente, según se relata en la biografía.

Los prometidos provienen de un mundo aristocrático y

En los años 50, Jacqueline de Ribes (amiga de Yves Saint Laurent, Oscar de la Renta o Valentino) fue colaboradora de moda en una revista femenina, donde escribía con seudónimo la columna Cómo ser chic por tres francos. “Mis suegros jamás lo supieron. Eran extremadamente antiguos. Vivían como en el siglo XIX”, afirma

Duques de Windsor, con la mala suerte de que Wallis Simpson también lo había escogido para esa noche. “Fue entrar Marella y el silencio se impuso”, cuenta hoy al teléfono Dominique Bona, autora de la biografía *Divine Jacqueline* (Gallimard). “La protagonista de esa noche fue la italiana con una entrada magistral, pero fueron las señas de identidad de la reina de la noche parisina y su personal código estético los que permitieron a Marella Agnelli estar en boca de todos”, concluye. Hoy, en exclusiva para TELVA, la propia Jacqueline de Ribes y su biógrafa nos cuentan algunos de los hechos que han marcado su fascinante vida.

¿Quién era en realidad aquella mujer fascinante de cuello interminable y perfil de faraona egipcia, acostumbrada a cenar cada noche en la vajilla de Sèvres que perteneció a María Antonieta, y a ver en las vitrinas de su salón los zapatos, el abanico y los cubiertos que usaba habitualmente la última reina de Francia? Jacqueline Bonnin de La Bonnière de Beaumont, su nombre completo, nació en el seno de una familia aristocrática, rica y cultivada. Es hija de Jean de Beaumont, un carismático banquero, seductor empedernido y uno de los mejores cazadores que ha tenido nunca Francia, y de Paule de Rivaud, una dama nada convencional y extremadamente culta que fue pintora, traductora, compositora y productora teatral.

elitista, pero “así como mi familia es muy culta, sofisticada y de moral más flexible y progresista”, explica hoy Jacqueline por teléfono, “los Ribes siempre han sido extremadamente rígidos y chapados a la antigua, tanto en cuestiones de protocolo como en valores y estilo de vida. En casa de mis suegros se vivía como en el siglo XIX”.

A partir de su boda, el 3 de febrero de 1948, empezará una vida de fabulosas fiestas, y el pistoletazo de salida lo dará el archimillonario mexicano Carlos de Beistegui. En septiembre de 1950, Jacqueline recibe una invitación en la que aparece pintado a mano un arlequín. Ella y su marido serán unos de los mil invitados de todo el mundo para celebrar el que se ha llamado el Baile del Siglo, el *Bal Oriental* con el que el extravagante millonario celebrará la inauguración de su recién adquirido Palazzo Labia en el Gran Canal veneciano. Tendrán un año entero para decidir y confeccionar su disfraz, que deberá recrear el vestuario del siglo XVIII. Se trata de la primera fiesta celebrada en Europa después de la Segunda Guerra Mundial, señala Dominique Bona. Una noche de desenfreno y derroche que representa el adiós a los horrores de esa guerra, a la vez que el gran bautizo social de nuestra protagonista. Así es que, en la tarde del 3 de septiembre de 1951, Venecia vuelve a brillar como en los mejores cuadros de Canaletto, con góndolas surcando los canales, antorchas

flanqueando la entrada del *palazzo*, plumas, pelucas, joyas y máscaras lucidas por los selectos invitados, entre los que están el Aga Khan III y la Begum, Orson Welles, Gala y Salvador Dalí, Fulco di Verdura, Cecil Beaton y Barbara Hutton, vestidos por Dior, Nina Ricci, Pierre Cardin, Elsa Schiaparelli, Chanel o Balenciaga.

La jovencísima vizcondesa de Ribes ha preparado a conciencia su disfraz convirtiéndolo en una *performance* personal. Aparecerá enteramente de blanco, con peluca a juego y la cara cubierta por una misteriosa máscara negra. “Ella quería demostrar al anfitrión que había entendido el propósito de la fiesta. Su disfraz estaba a medio camino entre los hábitos de las monjas de los exclusivos internados en los que había vivido, y los ropajes de las damas de compañía de las princesas del siglo XVIII. Pero ahí no acababa la cosa. Para completar la *performance*, De Ribes convenció a dos princesas italianas (Cora Caetani y Tatiana Colonna) para que formaran un trío inseparable durante toda la noche, ataviadas exactamente igual”, recuerda Bona. Jacqueline de Ribes se estrenó así en el arte de “hacer de la entrada en una *soirée*” un pasaporte que le llevó a la cima de la elegancia.

La vida en el número 50 de la Rue de la Bienfaisance transcurría para Jacqueline entre la organización de la casa, la supervisión de su personal de servicio (chófer, *nurse*, mayordomo, dos doncellas, chef, un ayudante de cocina, un camarero y una secretaria), los almuerzos, cenas y bailes a los que estaba invitada y los que ofrecía en su casa, la asistencia a exposiciones, las visitas a los diseñadores de Alta Costura para elegir su extenso vestuario (que modificará con detalles personales, ayudada por una doncella) y la confección de sus disfraces (una de sus grandes pasiones es la asistencia a bailes de disfraces y disfruta enormemente creándolos con la ayuda de sus modistas). La *nurse* se ocupaba de los dos hijos del matrimonio (Elizabeth y Jean). Y a todo ello se añadía algo muy mal visto para una aristócrata por aquel entonces: un trabajo. La vizcondesa fue colaboradora mensual de la edición francesa de la revista *Marie Claire* sin que sus suegros lo hayan sabido nunca. Por ello sus artículos nunca llevaban su firma, pero servían para nutrir la sección *Cómo ser chic por tres francos*. Dice Dominique Bona que ha visto los justificantes de los pagos que mensualmente recibía de la revista los dos primeros años de su matrimonio: 5.000 francos mensuales. “Fue un periodo divertido de mi vida”, señala hoy Jacqueline. “Mi marido estaba al corriente, pero mis suegros jamás lo supieron”.

Hay otra manifestación artística en la que De Ribes dará mucho que hablar y es el *ballet*, otra de sus grandes pasiones. Gran amiga del marqués de Cuevas, un excéntrico personaje que comprará el Ballet de Montecarlo (Cuevas estaba casado con la millonaria Margaret Rockefeller, nieta de John D. Rockefeller) con el que triunfará en París. Jacqueline va introduciéndose poco a poco en ese mundo artístico y, en 1960, cuando el marqués de Cuevas estaba ya muy enfermo, invita a participar en su compañía como escenógrafo, diseñador de vestuario y director teatral a Raymundo de Larraín, un aristócrata chileno de gran talento artístico, que se instalará en París introduciéndose de la mano de Ribes en la *Haute Bohème*. Así es que Larraín, con su ayuda, crea la más suntuosa producción de la década: una incomparable *Bella Durmiente* financiada con el dinero de los Rockefeller. El 23 de junio de 1961, en el

Teatro de los Campos Elíseos y con las localidades agotadas, Rudolph Nureyev, tan solo siete días después de haber escapado del KGB, protagoniza una actuación triunfal que formará parte de los anales de la danza. La representación se verá interrumpida hasta cuatro veces por los aplausos. Y la ovación final fue tal que el bailarín salió a saludar hasta 28 veces. El Ballet del Marqués de Cuevas continuará por tres años más a cargo de Larraín y De Ribes, encargándose ésta de seducir con su proyecto a amigos y conocidos para que ejerzan de mecenas, consiguiendo con su esfuerzo 130 millones de francos con los que llevarán a escena espectaculares producciones artísticas.

El descubrimiento de Ibiza a finales de los 60 será otro punto de inflexión en la vida de la aristócrata. La isla le ofrecerá la oportunidad de volver a mostrar sus dotes de persuasión y el poder de su codiciada agenda. Comprometida con la preservación de la isla, en la que se hizo una casa, luchará contra las promotoras inmobiliarias y se reunirá con Alfredo Sánchez Bella, ministro de Información y Turismo, para solicitarle ayuda en la protección de S'Espalmador, como parque natural y espacio protegido.

La moda, una de las columnas vertebrales de su intensa vida, le llevó a conocer muy de cerca a los grandes modistos internacionales, con algunos de los cuales (Oleg Cassini, Oscar de la Renta, Valentino, Pucci, Saint Laurent y hasta Jean Paul Gaultier, que le dedicó en 1999 una de sus colecciones a la que llamó *Divina Jacqueline*) llegó a tener una profunda amistad y muchos de ellos la animaron a crear su propia colección, lo que se hizo realidad en los años 90. En noviembre de 2015, el MET le rindió un merecido homenaje con la exposición dedicada a la “última reina de París”. De manera que Harold Koda, comisario de la muestra, consiguió, tras ocho años de conversaciones con la aristócrata, convencerla para hacer realidad la muestra *Jacqueline de Ribes. The Art of Style*, en la que se mostraron 62 modelos de Alta Costura y *prêt-à-porter* y muchos complementos de su extensa colección que alcanza las 400 piezas (hoy cedidas al Palais Galliera de París, que las está inventariando para exponerlas en el futuro). Pero el destino hizo de las suyas y el viernes 13 de noviembre, cuatro días antes de la inauguración, París, Europa y el mundo entero se estremecieron con los múltiples atentados yihadistas que acabaron con la vida de 130 personas en la sala Bataclan, y en varios cafés y terrazas y en los alrededores del Estadio de Francia en Saint Denis. De Ribes, rindiendo su particular homenaje a las víctimas y mostrando su solidaridad con las familias, decidió cancelar su asistencia a la inauguración de la muestra que el MET le había dedicado. No en vano Jacqueline de Ribes nació un 14 de julio en París. **T**

Divine Jacqueline
es la biografía
autorizada de
Jacqueline de Ribes,
escrita por Dominique
Bona (Gallimard).

